

14 de noviembre de 2008

Muy buenas noches a todos y muy en especial para mis alumnos.

Les agradezco esta oportunidad que me han dado de dirigirles unas palabras de despedida.

Este discurso va dirigido a todos Uds., sin distinción entre los del A o B, porque los quiero y aprecio a todos por igual, aunque a veces no se me note demasiado.

Pero mi papel como su profesor no es ser popular y bueno, sino, presionarlos y ponerlos al límite de sus capacidades para sacar de cada uno de Uds. lo mejor en este proceso de enseñanza y aprendizaje.

El educar no es un proceso sencillo, básicamente porque se necesitan de dos voluntades, una de ellas la nuestra, los profesores, y fundamentalmente la de Uds., los alumnos. Aprender implica compromiso y por sobre todas las cosas esfuerzo, mucho esfuerzo. No hay aprendizaje sin esfuerzo, aprender no es divertido, aunque sí muy gratificante. Aprender no es como ir al cine, no es ver proyectar una película mientras nos quedamos sentados, pasivos, comiendo pororó. Aprender implica realizar un enorme sacrificio, no hay aprendizaje posible sin sacrificio. Por consiguiente duden, de quienes les regalan el conocimiento, el conocimiento no se regala, se gana con sacrificio. Sospechen cuando obtengan algo valioso sin sacrificio, y vaya que la educación es un valorpreciado y valioso. Que les de vergüenza cuando reclamen por conocimientos sin sacrificio. En la educación no existen los regalos y la suerte, por suerte, sólo el trabajo que hacemos diariamente para lograrlo.

El camino profesional que a partir de hoy emprenderán también implica tanto o más sacrificio que el que creen que hicieron hasta ahora. Seguramente van a enfrentar problemas similares a los que enfrentamos nosotros, sus profesores, cuando queríamos enseñarles algo, y fundamentalmente cuando nos proponíamos que aprendan. Porque ambas situaciones, la de enseñar y la de cuidar la vida de los trabajadores, tienen un eje común, la buena voluntad de las partes.

No hay seguridad en el trabajo si no entienden que se necesita de la voluntad del trabajador para poder cambiarlo a él mismo. No hay seguridad en el trabajo si no entienden que antes que nada el trabajador también es una persona, único nivel que le permite ejercer su voluntad. No pueden hacer seguridad si antes no entienden que tienen que ser buenas personas, único camino que los llevará a convertirlos en buenos profesionales. No pueden ser buenos profesionales sin antes entender que deben convertirse en buenos alumnos.

Porque un alumno se lo es toda la vida, constantemente están aprendiendo, y el aprender significa humildemente aceptar que hay alguien que les puede enseñar algo más sin importar en qué posición se encuentre. Les enseñan sus padres, les enseñan sus maestros, les enseñan sus amigos y también aquellos que no lo son, les enseñan sus aciertos y fundamentalmente les enseñan sus errores, y si no están abiertos a todas estas enseñanzas el camino a convertirse en buenos alumnos será difícil. Porque el ser buen alumno no está relacionado sólo a la nota. Un buen alumno es aquel

14 de noviembre de 2008

que es un buen compañero, solidario, que respeta y se respeta, que se sacrifica y no usa a los demás en su propio beneficio. Pero para ser un buen alumno primero necesitarán fundamentalmente ser una buena persona, para que en algún momento esto los lleve a convertirse en un buen profesional.

Ser un buen profesional no es ser famoso, no es salir en la TV, tener altos cargos ejecutivos, ganar y acumular mucha plata, si a todo esto lo obtuvieron a costa de la vida de quienes tuvieron que cuidar. El ser un buen profesional, en esta actividad de la seguridad, es cumplir con un objetivo muy simple, pero a su vez lleno de complejidades, como la de cuidar y velar por la vida y salud de los trabajadores.

Que les de vergüenza cuando obtengan algo con el sacrificio de la vida y salud de los trabajadores, por quienes deben velar, y vaya que la vida de los trabajadores es valiosa.

Hay una unidad entre el buen profesional, el buen alumno y la buena persona, y en algún momento de sus vidas, estas tres bondades tienen que aparecer.

Esta profesión que a partir de hoy nos une, posiblemente los vaya a enfrentar contra las más grandes miserias humanas, con la vida de los trabajadores no se juega, la vida de los trabajadores no se negocia, no claudiquen y no abandonen, les van a tocar momentos difícil, de decisiones comprometidas, pero de donde seguramente saldrán más sabios, si son capaces de tomar el camino correcto.

La salud de los trabajadores no tiene precio, sólo valor ÉTICO y MORAL.

A partir de hoy va a estar en sus manos la salud y la vida de muchos trabajadores, que sea este es mi aporte final para ayudarlos a convertir en mejores personas.

Porque a fin de cuentas, al final de éste camino, sólo habrá importado el habernos convertidos en mejores personas.

Durante estos tres años logre conocer a algunos de Uds., a unos un poco más y a otros un poco menos, pero hay alguien en particular del que quiero hablar porque cuando lo conocí hace casi tres años, me dije a mi mismo, éste no pasa de primero año. Por suerte soy muy malo con mis predicciones y hoy, después de tres años, se convirtió en un buen alumno, no por sus notas, no por haber estado en la bandera, y mucho menos por ser un alumno tradicionalmente ejemplar, sino por el enorme sacrificio que hizo y hace para estudiar, y quienes lo conocen de seguro podrán dar fé, por la tozudez para seguir adelante y no aflojar, y por sobre todas las cosas, porque me enseñó que un buen alumno también sabe cuando no sabe.

Fue una de esas noche de finales, donde a varios de los rendían les hubiese dado gustosamente varias patadas en el trasero, era una noche triste, ya sentía vergüenza ajena por el nivel de la mesa, pero esa noche entro él, estaba nervioso, se puso a explicar y como no le estaba saliendo bien la explicación, paro y me dijo “profe. desapruébeme”, le

14 de noviembre de 2008

puse un uno en la libreta y salió. Esa noche me enseñó que un buen alumno también sabe cuando no sabe. Sus amigos y sus chicas le suelen decir Santi. Para Santi mi reconocimiento especial de la promoción 2008.

Hay muchas cosas para contar del resto de los alumnos, muchas de ellas divertidas como por ejemplo la receta de la hamburguesa al carbón de Adrian, los comentarios y preguntas de Daiana, los descuelgues de Ignacio alias Fito Paez, sobre la canastita de chocolates que se comió Marian, hay muchas otras cosas buenas y divertidas para destacar de Uds. y al no hacerlo posiblemente cometa un error, pero hay algo que no puedo dejar pasar alto y es mencionar a quienes en poco tiempo más se convertirán en nuestros Jefes; esta promoción tuvo el más alto porcentaje de mujeres a la bandera, el 83% de los abanderados fueron mujeres, un solo lugar lo ocupó un abnegado alumno.

Victoria, María Patricia Belinda, María Eugenia, Marianela, Daiana, Noelia, Romina Lorena, Valeria Anabel, Noelia Silvana, Yanina, Estela, Jimena Edith, Noelia, Carla, María Virginia, Silvana, María Fernanda, Debora, Antonela, María Julia, Helga y Vanesa.

A todas ellas mis más sinceras felicitaciones por los logros obtenidos y porque a través de esta carrera se han atrevido a desafiar a un mundo laboral marcado fuertemente por la presencia de hombres y su machismo. Fue un enorme placer el haberlas tenido entre mis mejores alumnos, y les deseo de todo corazón los mayores de los éxitos.

Por su dedicación, por su compromiso constante, por sus excelentes logros, por ser un excelente compañero de sus compañeros, por ser una excelente persona, por ser el mejor alumno que tuve en mis casi 20 años en la docencia, como le dicen sus entrañables amigas Pato y Marian, para Vito un reconocimiento mucho más que especial.

No puedo dejar pasar esta oportunidad sin agradecer y reconocer a Marian, que junto con Vito, se prestaron desinteresadamente para ayudarme en una de las materias de primer año.

Para todos Uds. y muy en especial para los más jóvenes del curso, Daniel, Carlos y Tomás, va dedicada esta pequeña y bella historia.

ENVEJECER ES OBLIGATORIO; MADURAR ES OPCIONAL

El primer día en la universidad nuestro profesor se presentó y nos pidió que procuráramos llegar a conocer a alguien a quien no conociéramos todavía.

Me puse de pie y miré a mí alrededor, cuando una mano me tocó suavemente el hombro. Me di la vuelta y me encontré con una viejita arrugada cuya sonrisa le alumbraba todo su ser.

Hola, buen mozo. Me llamo Rose. Tengo ochenta y siete años. ¿Te puedo dar un abrazo? Me reí y le contesté con entusiasmo: ¡Claro que puede! Ella me dio un abrazo muy fuerte. ¿Por qué está usted en la Universidad a una edad tan temprana, tan inocente?, le pregunté.

Riéndose, contestó: “Estoy aquí para encontrar un marido rico, casarme, tener unos dos hijos, y luego jubilarme y viajar”.

“Se lo digo en serio”, le dije. Quería saber qué le había motivado a ella a afrontar ese desafío a su edad.

“Siempre soñé con tener una educación universitaria y ahora la voy a tener!”, me dijo.

Después de clases caminamos al edificio de la asociación de estudiantes y compartimos un batido de chocolate. Nos hicimos amigos enseguida. Todos los días durante los tres meses siguientes salíamos juntos de la clase y hablábamos sin parar. Me fascinaba escuchar a esta "máquina del tiempo". Ella compartía su sabiduría y experiencia conmigo.

Durante ese año, Rose se hizo muy popular en la Universidad; hacía amistades a donde iba.

Le encantaba vestirse bien y se deleitaba con la atención que recibía de los demás estudiantes. Se lo estaba pasando de maravilla.

Al terminar el semestre le invitamos a Rose a hablar en nuestro banquete de fútbol.

No olvidaré nunca lo que ella nos enseñó en esa oportunidad.

Luego de ser presentada, subió al podio. Cuando comenzó a pronunciar el discurso que había preparado de antemano, se le cayeron al suelo las tarjetas donde tenía los apuntes. Frustrada y un poco avergonzada se inclinó sobre el micrófono y dijo simplemente, “disculpen que esté tan nerviosa, dejé de tomar cerveza por cuaresma y jسته whisky me está matando!”

“No voy a poder volver a poner mi discurso en orden, así que permítanme simplemente decirles lo que sé.”

Mientras nos reíamos, ella se aclaró la garganta y comenzó: “No dejamos de jugar porque estamos viejos; nos ponemos viejos porque dejamos de jugar. Hay sólo cuatro secretos para mantenerse joven, ser feliz y triunfar. Tenemos que reír y encontrar el buen humor todos los días. Tenemos que tener un ideal. Cuando perdemos de vista nuestro ideal, comenzamos a morir.

¡Hay tantas personas caminando por ahí que están muertas y ni siquiera lo saben! Hay una gran diferencia entre ponerse viejo y madurar. Si ustedes tienen diecinueve años y se quedan en la cama un año entero sin hacer nada productivo se convertirán en personas de veinte años. Si yo tengo ochenta y siete años y me quedo en la cama por un año sin hacer nada tendré ochenta y ocho años.

Todos podemos envejecer. No se requiere talento ni habilidad para ello. Lo importante es que maduremos encontrando siempre la oportunidad en el cambio. No me arrepiento de nada. Los viejos generalmente no nos arrepentimos de lo que hicimos sino de lo que no hicimos.

Los únicos que temen la muerte son los que tienen remordimientos.”

Terminó su discurso con la “Canción de la Rosa”. Nos pidió que estudiáramos la letra de la canción y la pusiéramos en práctica en nuestra vida diaria.

Rose terminó sus estudios. Una semana después de la graduación, Rose murió tranquilamente mientras dormía.

Más de dos mil estudiantes universitarios asistieron a las honras fúnebres para rendir tributo a la maravillosa mujer que les enseñó con su ejemplo que nunca es demasiado tarde para llegar a ser todo lo que se puede ser.

Por último y como despedida, les dedico a todos la “Canción de la Rosa”.

Canción de la rosa

Hay que cortar la rosa, pues de cualquier manera
se secará en la rama su adorable ornamento;
y, al renacer cien veces con cada primavera,
es cien veces más triste que la deshoje el viento.

Hay que cortar la rosa, pues siempre se termina
fugazmente su encanto para aquel que lo ama,
y al final sobrevive solamente la espina,
que es también lo primero que le nace a la rama.

Por eso, en esta angustia de andar hacia el olvido,
lúgrubos caminantes de la noche luctuosa,
para no lamentarnos del tiempo que se ha ido
hay que cerrar los ojos y hay que cortar la rosa...

de José Angel Buesa

*Dedicado con cariño a mis alumnos
de la promoción 2008.*



Ing. Néstor Adolfo BOTTA